

DE LA PRESENCIA

DISCURSO DE INGRESO A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

RAMÓN XIRAU



Señor Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, Don José Luis Martínez,

Señor Secretario Don Manuel Alcalá, mi muy joven maestro de latín cuando yo andaba por mi adolescencia,

Señores miembros de la Academia,

Señoras y Señores.

No es ocioso decir en palabras sencillas el honor que es para mí verme elegido como Miembro de Número de esta Academia. Estoy conmovido porque es este un momento de gran emoción, conmovido también en otro sentido de la palabra "conmover". El de "mover", que me lleva a proseguir en mis actividades con mayor denuedo y esfuerzo, lo cual, así lo espero, me permitirá trabajar en esta Academia, en este hogar y casa de la lengua, del lenguaje, de la palabra. Trabajar y aprender que es siempre mucho lo que hay que aprender.

He elegido para esta conferencia uno de los temas, tal vez el tema central que encuentro en lo que he escrito, frecuentemente ayudado por mis estudiantes, con quienes he tratado de enseñarme enseñando.

De ahí mi tema de hoy, el de la Presencia, el de lo sagrado, el de lo sagrado en esta misma Presencia.

DE LA PRESENCIA

Paso a lo que he querido decirles hoy, en este 25 de octubre y en esta lengua castellana que espero no esté repleta de catalanismos, los catalanismos que podrían provenir de mi lenguaje poético.

Mi tema, el de la Presencia, el del "sentido de la presencia" por decirlo con el título de mi primer libro en prosa, o si se quiere, el de la presencia de lo sagrado en las letras y, principalmente, en la poesía y en algunas filosofías, las que culminan en una visión del mundo, es decir, las que tienen que ver con la Metafísica. En efecto, mi tema, que espero se vaya precisando cada vez más a lo largo de este discurso, es el de la presencia.

Pertenezco y quiero pertenecer a lo que llamo el "arco mediterráneo", al que va de la Toscana a esta tie-

rra muy de trovadores que llamamos Provenza, hasta alcanzar tierras catalanas y valencianas. Hay que recordar que los poetas clásicos de la lengua catalana son mallorquines y principalmente valencianos. Me refiero a la familia March, y, ante todo, a Ausiàs March, a Jordi de Sant Jordi y a Gilabert de Pròixita, todos ellos claramente renacentistas muy a principios del siglo XV. Después de 1939 se me extendió este arco a otro horizonte, el de México, el de la Meseta, el de los lagos, sin duda. También el de las costas, especialmente las veracruzanas, donde solían ir los exiliados españoles. Los del "éxodo y el llanto", como decía León Felipe, los transplantados o "transerrados" como habría de decir José Gaos.

Barcelona. La casa paterna, la de Joaquín Xirau, mi padre, donde había una gran biblioteca, a la cual acudían con frecuencia sus discípulos como lo harían después en México. En aquella biblioteca oí hablar de algo extraño que se llamaba "filosofía". No me enteré de nada en años infantiles. Pero, ¿puede entenderse algo en los dominios de la filosofía? quede en pregunta la pregunta.

Biblioteca, libros, revistas, principalmente *Mirador*, donde descubrí algo de lo que era la nueva generación de poetas catalanes, la de los que escribían en los años 30. También *Minoutaure*, la hermosa revista de los surrealistas que veía pero no leía, ni me importaban mucho los textos que en ella aparecían. Es probable que mi interés por los pintores surrealistas proviniera de haber visto, desde muy joven, obras de Salvador Dalí. Fue después de la guerra de España, que nos marcaría a todos para siempre. Desde mediados de 1938 viví en Francia. Mis padres salieron de Cataluña en una ambulancia con Don Antonio Machado y su madre, a quienes dejaron en Collioure, donde tan pronto moriría el poeta. ¿Vivir yo en Francia? Más bien en Provenza o en lo que los franceses llaman el Languedoc, cuya lengua había sido bautizada por Dante como *lingua d'ocha*.

Mis poetas entre los 13 y los 14 años: Alcover, Costa i Llorenz, el poeta de Mallorca, Joan Maragall, cuya obra me ha acompañado siempre en el curso de los años, la de Josep Carner, que sería mi maestro en Masarones, la de Antonio Machado, Rafael Alberti el de *Marinero en tierra*, y claro, Federico García Lorca, cuya

* Palabras pronunciadas al ingresar como Miembro de Número a la Academia Mexicana de la Lengua el 25 de octubre de 1994.

muerte nos fue tristemente anunciada en Figueras por mi padre. Algo más tarde, poetas más complejos, entre ellos Jorge Guillén y, en letras francesas, Rimbaud, Verlaine (a Mallarmé habría de "descubrirlo" más tarde, si es que aquí puede hablarse de descubrimiento). Muy pronto pude leer algunos poemas de poetas de México e Hispanoamérica gracias a la *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932) de Federico de Onís, publicada en 1934 en Madrid. Lei en ella algo de González Martínez, Villaurrutia y José Gorostiza. A Octavio Paz lo conocería más tarde, ya en México. He frecuentado la obra de Paz, sobre la cual escribí el primer libro que sobre él se ha escrito: *Octavio Paz, el sentido de la palabra* (1970).

Los poetas y los filósofos. La filosofía mal oída en la niñez —cosa que no deja de ser natural— fue después estudiada en Mascarones, en aquella Facultad de filosofía y letras donde aprendí no poco de José Gaos, García Bacca, Samuel Ramos, García Máynez y, claro, Joaquín Xirau. Filosofía oída en clase y practicada en clase y casa donde el maestro y los discípulos nos reuníamos semanalmente. De manera más familiar, quiero recordarlo, donde leíamos día a día sea los *Evangelios* —¡cuán especialmente en Semana Santa!— y capítulos del *Quijote*.

Filosofía y poesía: así titulé un seminario iniciado en la Facultad de filosofía y letras al final de los años sesenta. Bien lo sabemos, poesía y filosofía no son la misma cosa. Digámoslo rápidamente y de manera demasiado simplista, bien lo sé: la poesía intuitiva, ve, *descubre, encuentra* sin argüir. También puede ver la filosofía pero su lenguaje es el de la argumentación y, siempre que esto sea posible, de la prueba. La relación entre ambas se encuentra en la zona de las concepciones del mundo, lo que se ha llamado, desde el siglo II de nuestra era, metafísica. Poesía y filosofía se acercan, lo cual es clarísimo en el caso de Platón, este gran poeta anti-poeta, o por citar a dos contemporáneos, los casos de Henri Bergson, mucho más actual de lo que se piensa a veces, y naturalmente el de Martin Heidegger, en la que suele llamarse su "segunda época", cuando cobran especial peso los comentarios sobre los poetas y, por decirlo con él, los análisis acerca de la "esencia de la poesía".

Poesía. Filosofía. Empezaré con algunos filósofos que han estado conmigo a lo largo de los años.

Sea Descartes. Desde la primera parte del *Discurso del método* Descartes escribía: "Mucho estimaba la elocuencia y estaba enamorado de la poesía". Así lo decía, lo sentía y vivía Descartes. De verdad estaba Descartes enamorado de la poesía. El filósofo de la razón, de la exactitud matemática, de las ideas claras y distintas, es decir, evidentes, es el mismo que en 1619, en la ciudad de Ulm donde meditaba acerca de su método, sueña en la "poesía y la sabiduría reunidas"; y dice con sencillez

que las frases de los poetas "son más graves, más sensatas y están mejor expresadas que las que se encuentran en los escritos de los filósofos". ¿Contradictorio Descartes? No es de creerse. Descartes, el que inicia su *Discurso* diciendo que "la razón es la cosa mejor distribuida del mundo" es también el Descartes que interpreta sus propios sueños con lo que él llama "visión" y "entusiasmo".

Descartes sabía muy bien que al escribir un ballet para la reina Cristina de Suecia en celebración de la paz de Westfalia, no estaba filosofando. Con todo, en lo profundo de su conciencia Descartes filósofo era también, deseadamente, poeta aunque lo fuera en sueños.

La poesía puede ser y frecuentemente es deseo de altura. También al ascenso aspira frecuentemente la filosofía. Sea ahora Platón.

Todos tenemos en mente la alegoría de la caverna. Dice Platón que podemos "imaginar" una "caverna subterránea" con "una entrada". En el fondo de la caverna están los hombres "atados de los pies y el cuello, de tal manera que hayan de permanecer en la misma posición y mirando tan sólo hacia adelante". Estos hombres creen que "lo único verdadero son las sombras" pero no pueden "recordar..." "su estado natural". Uno de ellos rompe las cadenas y no sin dolor camina hacia la entrada de la caverna. Cuando ve el "centelleo de la luz" queda "deslumbrado". Una vez acostumbrado, verá la luz que el sol, es decir, el Bien, proyecta. Si así sucede, distinguirá las "sombras" de los "objetos verdaderos". Verá la verdad del sol "tal cual es" y la conocerá ausentándose del mundo para volver a este mundo de sombras. En efecto, Platón se "compadece" de los que viven en la oscuridad falaz y viene a decirles, con peligro de su vida, que aquello que ven es engaño y falsedad.

Ya en su vejez, Platón criticó su propio pensamiento —acto heroico que no se encuentra en ningún otro filósofo—. El diálogo *Parménides* que tanta influencia tuvo en los neo-platónicos de Alejandría, es, al decir de Diels, una "cascada de argumentos". La cascada culmina en la "participación de lo divino", como se dice en el *Filebo*. La escala y subida de Platón se repetirá en Plotino y, en general, en el pensamiento místico y filosófico. ¿No son las filosofías de Descartes, Spinoza, Hegel, por solamente recordar tres casos, tentativas de ascenso, intentos por conocer la *presencia* de lo sagrado y dar así sentido al mundo, al universo en que vivimos, a la vida misma?

Paréntesis con dos paisajes. El templo es presencia sagrada como pueden serlo el árbol y la casa, ejes del mundo. Pueden serlo también pueblos, ciudades y pueden serlo esta hoja verde, esta nube clara y precisa y al mismo tiempo misteriosa. Así en una tarde de otoño cuando la neblina se levanta de las aguas. Aquí, en Venecia, la presencia del silencio.

También las aguas verdes y azuladas de la tarde, las lanchas mariposa en vuelo por el lago. El aire es suave como lo es la lengua de estas muchachas cerca del lago. Nuevamente, presencia del silencio.

Regreso a los poetas y en la cronología aproximada de mis lecturas, no del tiempo objetivo si es que existe un tiempo objetivo.

Sea Joan Maragall (1860-1911), gran poeta y buen ensayista en castellano. Maragall, el traductor a su lengua natal de poemas de Goethe, del *Enrique de Ofterdingen* de Novalis y de algunos textos de Nietzsche. Su poesía es clara y por serlo, en su sencillez, es difícilmente traducible. Son memorables las "vistas al mar", sus odas a Barcelona y a España, su canto a la Virgen del Valle de Nuria. Pero lo verdaderamente memorable es el *Càntic espiritual* que empieza diciendo:

Si el mundo es ya tan bello y se refleja
Señor, con tu paz en nuestros ojos
¿qué más nos puedes dar en otra vida?

y termina diciendo:

Seame la muerte un mayor nacimiento
"Sia'm la mort una mejor naixença".

La poética de Maragall se encuentra en sus tres elogios; el de la poesía, el de la palabra, el del pueblo.

Escribía Maragall:

Lo que podemos hacer todos es ponernos con humildad ante la realidad de la vida, no nos empeñemos en decir algo cuando no tenemos nada que decir y cuando sentimos algo que nos fuerza a hablar hablemos sinceramente, y digamos sencillamente nuestra impresión como el niño que al ver por primera vez una cosa bella la señala y la nombra sencillamente.

Maragall cree que el poeta y el pueblo viven cerca del "ritmo del universo". La palabra poética de Joan Maragall es la que él mismo llamó "palabra viva", decir en el silencio y en la palabra la presencia del mundo y la presencia de Dios en éste y otros mundos.

Antonio Machado, cuya propia "palabra viva" lo acerca a la hondura sencilla de Maragall, es, como muchos escritores de su generación, un escritor no castellano que descubre Castilla, tan presente en su obra como puede estarlo su Andalucía, su Sevilla. Machado es también el poeta que alguna vez escribe a lo divino. Así en el poema cuarenta y cuatro de *Proverbios y cantares*:

No desdenéis la palabra;
el mundo es ruidoso y mudo,
poetas, sólo Dios habla.

Y acaso con más hondura, Machado termina uno de sus más precisos y emocionados poemas —el dedicado a Don Francisco Giner de los Ríos, que acababa de morir— con estos versos:

Oh si llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

También Machado veía la presencia del misterio en esta tierra, toda ella presencia.

Muy cercano a nosotros, maestro, amigo, todo él vida, afecto, sonrisa, Alfonso Reyes, Don Alfonso Reyes. Quiero recordarlo, espléndido poeta como fue, en un breve poema, "El pan en la servilleta", poema con el cual he convivido con frecuencia. Decía Reyes:

Qué paloma, qué cotovía
Sobre el mantel sabe anidar
y deja tibio todavía
el huevecillo singular

Engarrunado el lazo esconde
o bien plegado en alcazaz
el misterio de harina donde
la ley de Dios germina en paz

Oh paloma oh cotovía
nunca faltes donde yo estoy
El pan nuestro de cada día
dánoslo hoy.

¿Ironía? Más bien gozo ante lo misterioso cotidiano en esta oración que remite a lo cotidiano.

En Reyes también estaba la presencia y deseo de altura cuando en *Ifigenia cruel* decía pensando en los griegos:

Los pueblos estaban sentados
antes de que echaras a andar.

"Maravilla del mundo", como decía Fray Luis de Granada, en la emoción viva, en este pensar de Alfonso Reyes que es "reunir, que es escoger".

Sabemos que Sor Juana no es una Hildegarda de Bingen o una Teresa de Jesús. Sor Juana no fue mística.

Fue mujer de inteligencia e intelecto aunque también conviven en sus poemas ironía, afecto, alegría, canto.

Hay que leer y releer el *Primero sueño*. Ciertamente, en este "papelillo" "que llaman *Sueño*", se describe el fracaso de la intuición que todo quiere abarcarlo con soberbia. El hombre, un verdadero microcosmos, un pequeño mundo, es en Sor Juana, "compendio absoluto", de "águila", "planta", "bruto"...

¿A que aspiraba Sor Juana? Decía:

¡Oh cuánta fineza, oh cuantos
carños he visto tiernos
Que amor que se tiene en Dios,
es calidad sin opuestos!

Amor, afecto, fe, gracia, en los dos sentidos de la palabra "gracia", aparecen con frecuencia en sus poemas breves.

Predomina en la Sor Juana del *Sueño* el método, no el de Descartes como se ha pensado a veces sino el de Tomás de Aquino y, más lejanamente, de Aristóteles.

Sor Juana sabe que debe rechazar el "insolente exceso". "Exceso" porque se pretende, vanidad de vanidades, abarcar el Todo, "insolencia" o "la soberbia" que esta vanidad lleva consigo.

La dialéctica del *Primero sueño* oscila entre un imposible conocimiento absoluto y una razón razonable, la de la escolástica presente en la obra de Sor Juana.

Llegamos al final del poema. El alma despierta y, después de los intentos por ascender hacia la divinidad, Sor Juana ve el mundo ofrecido, luminoso. Es, sin duda, el mundo de la luz, el que cierra o, mejor, abre el final del *Sueño* cuando están:

el mundo iluminado
y yo despierta.

Esta mujer que busca el conocimiento lo encuentra en la lucidez, en la presencia de un mundo radiante, claro, preciso, justamente iluminado en esta su presencia.

Dos palabras se han ido filtrando a lo largo de lo que he dicho: las palabras "sacralidad y presencia". ¿A qué remiten estas dos palabras?

Nuestro estar en el mundo, nuestro vivirlo y habitarlo está dicho en un verso de Jorge Guillén que hace años he hecho mío. Escribía Guillén en el primer *Cántico*: "Soy; más, estoy, respiro"

Es este estar en el mundo el que nos permite precisamente "respirar", es decir, vivir. No es otro el sentido de la *presencia*. En efecto, ya lo veía San Agustín en el libro XI de las *Confesiones*: el pasado, el futuro, el

presente, no existen y si vemos que somos tiempo y el tiempo no existe, tampoco nosotros existimos. Pero nuestro tiempo, el de la vida verdadera, es el de la *presencia*. Tiempo continuamente nuestro, es nuestra estancia en el *mundo*, la presencia es un *siempre* atento al mundo, atento a los demás, atento al Otro, a los dioses, a la divinidad. Baste ahora un ejemplo que puede ser una ayuda sin acabar de ser una explicación. Imaginemos un barco; si lo vemos pasar desde fuera el barco es pura movilidad pero, si lo vivimos navegadamente desde dentro, el barco es continuidad y es presencia.

Presencia de ánimo, presencia de vida y tal vez "Mayor nacimiento" como decía Maragall. Así estar en presencia es respirar y también sobre todo *aspirar* en este mundo y más allá de este mundo, a una experiencia sagrada. La que hemos observado en Descartes, en Platón, en Maragall, en Machado, en Alfonso Reyes, en Sor Juana. Experiencia que encontraríamos principalmente en los grandes místicos, San Bernardo, el Maestro Eckhart, Ruysbroek, San Juan, Santa Teresa, Molinos. Todos en la presencia que es navegación hacia lo real eterno.

Así lo veía este poeta filósofo que fue Dante Alighieri, "Oh cómo es corto el decir", escribía al final del *Paradiso*. Y es que lo esencial, el fundamento de mundo y vida, es visible pero nunca del todo decible. Y seguía diciendo Dante que, ante el misterio, "le faltan fuerzas a la fantasía". Cuando termina el último canto aparecen tres círculos de tres colores en el misterio de los misterios, el de la Trinidad.

A l'alta fantasia qui mancò possa:
ma già volgeva il mio disio e'l velle
sì come rota ch'igualmente e mossa
L'Amor che move il sole e l'altre stelle

(*Paradiso* XXXIII-142-145)

Traduzco con González Ruiz:

A la fantasía le faltaron aquí las fuerzas,
pero ya giraban mi deseo y mi voluntad
como una rueda que igualmente es movida,
por el amor que mueve el sol y las demás estrellas.

Y esta es la luminosa presencia, el centro sagrado de la presencia.

Aquí termino. No sin antes repetirme y decir a todos mis colegas, a todos los amigos que han venido a acompañarme: gracias. ☞